

Sobre la identidad antioqueña

Pablo Montoya

(Colombia, 1963-v.)

Estudios en la Escuela Superior de Música de Tunja, Filósofo de la Universidad Santo Tomás de Bogotá, Doctor en Estudios Hispánicos y Latinoamericanos de la Universidad de la Nueva Sorbona, París, Francia. Músico, escritor, profesor de la Universidad de Antioquia e invitado en diversas universidades. Miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. Ha publicado numerosos libros y recibido múltiples premios, entre los que se destaca el Premio Rómulo Gallegos, el Premio José Donoso y el Premio José María Arguedas.



Resumen

En este ensayo, el distinguido profesor Montoya asume una postura crítica sobre la denominada “antioqueñidad”, rasgo característico que se ha vinculado al grupo humano que habita en el departamento de Antioquia, Colombia, culturalmente asociado con el desarrollo progresista y que, según su perspectiva, a pesar de que en muchas oportunidades es motivo de orgullo, amerita ser revaluado para intentar orientar el futuro hacia la consolidación de una sociedad realmente incluyente, que acepte y respete la diversidad y las identidades.

Palabras clave

Antioqueñidad, Antioquia, diversidad, identidad cultural

Siguen vigentes las expresiones de dos escritores franceses sobre el asunto de la alteridad. Arthur Rimbaud, en medio del fragor del militarismo decimonónico europeo, escribió: “Yo es otro”. El equívoco en la conjugación del verbo, la incomodidad gramatical, la imperfección en la sintaxis ondean en esta frase. Y sugiere el conflicto que existe entre el yo y los demás. Años más tarde, Jean Paul Sartre, asediado por las guerras fascistas de la primera mitad del siglo xx, escribió: “El infierno son los otros”. Quiso expresar, sospecho, que solo hay crisis, rechazo de la libertad, repugnancia y odio hacia lo diferente, en ese puente que intenta levantarse entre los hombres. Ambas consideraciones definen, sin duda, una alteridad maltrecha. Esa incapacidad que posee la condición humana para asumir al otro. A ese que ha sido, y sigue siéndolo, el diferente, el monstruo, el charlatán, el loco, el sucio, el descarriado, en fin, quien incomoda para el “buen avance” de una sociedad.

Desde la Antigüedad se ha enseñado, a través de principios estoicos y cristianos, que el prójimo es igual a nosotros. Que se le debe amar con la intensidad con que nos amamos a nosotros mismos, y hacerlo apoyados en la idea de que integramos una especie de comunidad humana digna de respeto. Pero los descubrimientos geográficos, la experiencia del arte, los relieves de las ciencias humanas y naturales nos han hecho entender que no es precisamente del prójimo —un término más propio para los ámbitos religiosos—, sino que se trata, en esa ardua y permanente construcción de una sociedad más justa, del otro. De aquel que es distinto a mí, pero que comparte, por las veces brutales y azarosas razones de la historia, el mismo espacio que yo. Si se acepta y se respeta la diferencia que hay entre quienes conforman un departamento o un país, y no se pretende satisfacer, empujados por convicciones racistas, religiosas o políticas, lo que ese yo mayúsculo desea, se estará más cerca de una realidad culturalmente más democrática.

En Colombia y en Antioquia, desde su fundación como nación y departamento, un espíritu retrógrado ha caracterizado su proyección hacia la alteridad. Resulta paradójico que así suceda porque en el origen y desarrollo

de nuestra vida colectiva —lingüística, musical, danzística, culinaria, erótica— ha sido ostensible la existencia del mestizaje. Un mestizaje, sin embargo, que continúa fundado sobre la intolerancia ante el negro, el indígena, y frente a quien practica una sexualidad otra. Hay que guardar cautela, entonces, con esas definiciones de la Colombia y la Antioquia pluriétnicas, ya que detrás de lo que se ha denominado una democracia racial o una república mestiza, hay circunstancias diarias de oprobio contra comportamientos y expresiones que no son hegemónicas. No es aventurado decir que, en nuestro país, y lo mismo sucede en este departamento, se ha ventilado un discurso sospechoso donde se reconoce la variedad regional con sus diversos tapices culturales. Y matizo la palabra “sospechoso” porque este mestizaje democrático, que a veces festejamos con tantos aspavientos, lo que ha buscado es un blanqueamiento progresivo. Un blanqueamiento que es de raigambre hispánica, y que se sigue manifestando en el plano económico, político y mental a través de unas castas que, desde la colonia y el mismo nacimiento de la república, han dirigido los rumbos de la nación. En esta perspectiva, considero que, si queremos construir “un territorio con identidad propia”, una confluencia de tiempos y espacios en donde respiren la pluralidad de ideas y la multiplicidad étnica es indispensable no solo cuestionar, sino transformar el proyecto nacional colombiano con sus regiones en cuya base se han instalado la segregación, la intolerancia y la desigualdad social.

Ahora bien, ¿qué es un territorio con identidad cultural propia? Es un territorio ajeno a la imposición de la unicidad y la homogeneidad. En el caso de Antioquia, es enfrentarse a un relieve de múltiples rostros y creencias. Una suerte de torre de Babel que debe descifrarse y capotearse a través del ejercicio cotidiano del asombro y el respeto. Pero es, al mismo tiempo, enfrentarse a un territorio sesgado por muchas heridas. Heridas que, a lo largo de los siglos, se han enlazado unas con otras hasta el punto de trazar una geografía fisurada por diferentes traumas históricos. Desde el exterminio indígena con la conquista española, pasando por la explotación de

los negros durante la colonia, hasta el atropello de los derechos de los ciudadanos de menor categoría desde la fundación de la república, la historia de Antioquia ha sido una continua sucesión de violencias, que se han vuelto invisibles a través de una educación familiar y colegial amañada y mendaz. Habitamos, es verdad, una prodigiosa red de montañas, ríos y bosques. Hemos construido, es cierto, unas coordenadas de la identidad que gustan autodefinirse en los rótulos de la cordialidad, la pujanza y la fertilidad. Pero, y esa es una de las caras de nuestra paradoja, hemos trazado también un fragoroso mapa de la discordia. Celebramos triunfantes los dichos del pueblo, como aquel que dice “pa’ atrás ni pa’ coger impulso”, creyendo que el porvenir solo debe tener forma de dinero y sometimiento a la naturaleza y al otro. Cuando los tiempos actuales nos proponen, para asumir de una manera más inteligente el cambio climático, no coger tanto impulso para no crecer demasiado, la verdad es que hemos cogido el suficiente para sembrar los territorios de Antioquia con la intemperancia. Se añora la paz, se le canta en las músicas y se le pide con fervor en las oraciones diarias, pero hacemos la guerra con una pasión arraigada en filantropismos falaces. Y si se proponen cambios profundos para que la realidad social sea más digna y solidaria con los desposeídos que hay en el departamento, entonces las élites que mandan y sus amanuenses de toda laya se alteran y proclaman que esas mutaciones son peligrosas porque podrían destruir los pilares que, durante años y con tanta inteligencia y “verraquera”, se han edificado para sostenernos. Confusa justificación, porque de lo que se trata es, justamente, de cambiar tales pilares para que no nos sigamos apoyando en el equívoco y en la mentira.

Por fortuna, hay estudios e interpretaciones que no ignoran las realidades mentales de los seres humanos que habitan Antioquia. Tampoco desconocen, verbigracia, los yerros de esa colonización económica y cultural que se efectuó en el siglo XIX desde Medellín, y alcanzó zonas de otros departamentos. Colonización que ha sido vitoreada con una literatura que ha festejado posturas caducas para el mundo de hoy. La ejemplar “hacha de

mis mayores” se ha prolongado hasta nuestros días y sigue demostrando que no le tiembla la mano para ultimar los derechos de los nativos y los de la naturaleza. Porque semejante hacha ha alcanzado, con el megaproyecto de Hidroituango, los niveles de la arrogancia más insoportable. Jactancia y brutalidad, acompañadas de corrupción y engaño, arremetieron contra el río Cauca, contra su macizo montañoso y sus poblaciones campesinas. Y todo ello ha sido justificado en un discurso de pujanza regional que siguen defendiendo, de forma ridículamente chovinista, empresarios, políticos y “connotados” intelectuales de la región.

Es indispensable, en este sentido, cuestionar, y ojalá desmontar, el término “antioqueñidad”. Lo que ha manejado la “antioqueñidad” es, en gran medida, una serie de figuraciones obsoletas donde conceptos como raza antioqueña, orgullo antioqueño, viveza antioqueña, proponen una presencia de actitudes poco pertinentes para una convivencia social madura. Lo que se ha considerado como una gran colonización —esa épica arriera del tiple, el machete, la camándula, el sombrero, el oro y el café, y sobre la cual se funda una buena parte de la “antioqueñidad”— es, en el fondo, la defensa de una pureza racial inexistente, de un catolicismo enemigo de la libertad de pensamiento y de un avasallamiento sistemático de los colonizados. Así, subidos en el caballito de batalla de una Antioquia grandiosa se ha edificado uno de los paradigmas más reprochables de la identidad regional del país. Una briosa cultura minera, agropecuaria y católica que se transformaría en una briosa cultura industrial y católica, y que terminó metamorfoseándose en una briosa cultura narcoparamilitar y católica. Por ello mismo, no es una blasfemia argüir que el sueño de esa “antioqueñidad”, que plasmó Francisco Antonio Cano en su cuadro *Horizontes*, desembocó en una pesadilla: en esas enormes cantidades de desplazados que huyen de sus tierras por la violencia, y en esas muchas propiedades suntuosas, vigiladas por ejércitos privados, que protegen negocios brumosos.

La representación identitaria de una Antioquia que ha sido ajena al respeto por el otro, y que sigue palpitando

te en muchos antioqueños de hoy, es uno de los grandes obstáculos para lograr una transformación sólida y hallar valores nuevos que permitan identificarnos sin tantas farsas, vacilaciones y torpezas. Otro, igualmente aciago, es la violencia. Una violencia que no es causa sino consecuencia de la injusticia social en la que los antioqueños desde hace tiempos están sumidos. Para edificar una Antioquia más justa, habría que incentivar el desarrollo de una convivencia creativa en medio de la diversidad. Una convivencia, tan intensa como cotidiana, que genere actitudes capaces de detener la endémica violencia que ha desfigurado nuestra condición. Pero hay otros problemas que no pueden desdeñarse: el desaforado crecimiento urbano de las ciudades y la consecuente degradación ambiental, la desnutrición y la falta de una eficaz cobertura de salud, la educación deficiente, la marginalidad cada día más desmesurada y el atropello que reciben mujeres y niños, negros e indígenas, las minorías sexuales y los discapacitados. En verdad, Antioquia, en vez de enorgullecerse de su cacareada superioridad, debería sentirse alarmada por el estado crítico en el que viven una buena parte de sus habitantes. No nos sigamos mintiendo frente a ese estereotipo cultural que pregona supuestas grandezas donde no hay. Seamos conscientes de que lo que nos ha marcado es, al contrario, una forma estrecha de comprender el mundo. Porque no hay peor óbice para acercarse al otro, sea en el departamento o en el país o en el mundo, que padecer ese aislamiento en cuya base solo hay un ahínco asustadizo.